

bo de oponer algunas dificultades para renunciar á tan opulenta silla: solicitó del papa que no admitiera su renuncia sino en forma condicional, para que no fuera válida, si se rompía este casamiento. ¿Era una tentativa de resistencia á la voluntad de Felipe, ó simple codicia del alemán avisado que teme perder á la vez la mujer y la mitra? El nuncio Mateucci (1) creyó, al parecer, que Alberto quería sólo conservar algo, si se le escapaba la soberanía, y hubo de rogar al papa que admitiera la dimision del arzobispo hasta el día del casamiento, *ex nunc prout ex tunc*. Alberto espera un mes más para despojarse del capelo (2): tal y tanto era su temor de verse abandonado por su terrible suegro.

Pero con él iba Felipe II de buena fe; hubo de prevenir también á su hija y obtener su asentimiento; sólo señalaba los dados en su jue-

go con los soberanos extranjeros. Hasta se concertó con Alberto (3) para defraudar las estipulaciones de la paz que firmaba y mantener guarniciones españolas en las ciudades que se comprometía á ceder.—Los gastos, decía, serán de mi cuenta y las plazas se conservarán por mí, el príncipe mi hijo y esta corona, todo el tiempo que parezca conveniente: sabed que está convenido así desde el principio, pero conviene el secreto.

El matrimonio debía celebrarse en Madrid á la vez que el del príncipe Felipe con su prima Margarita de Austria (4). Alberto dejó el gobierno de Flandes á Don Francisco de Mendoza, almirante de Aragon (5), salió á recibir á la princesa Margarita y la condujo á España. En el camino recibieron la noticia de la muerte de Felipe II.

CAPÍTULO IX

MUERTE DE FELIPE II

1598

EJÉRCITO DE PIOJOS.—OJEADA SOBRE EL HOMBRE

I.—Ejército de piojos

La gota, la costumbre de una vida sedentaria y probablemente también los remedios de los médicos, habían consumido á Felipe II de mucho tiempo atrás. Antes de haber llegado á los setenta años no podía ya tenerse en pie ni sentado. No tardó en saberse esta postracion en toda Europa y se volvieron los ojos hácia su hijo, el débil príncipe Felipe. «Espero que Dios me concederá la gracia de que, habiendo servido á S. M., podré servir igualmente á V. A.» escribían ya los cortesanos desde otras tierras (6).

(1) Gachard, Archivos del Vaticano, p. 90. El nuncio al papa, 8 junio, 1598.

(2) *Ibid.* p. 92, del 13 de julio 1598. «L'habito cardinalitio.»

(3) *Corresp. de Felipe II*, Prólogo del t. II, carta del 3 jun. 1598.

(4) Hija del archiduque Fernando y de María de Baviera. Tenía catorce años y el príncipe Felipe veinte.

(5) Hermano del marqués de Mondejar. Había ido á Flandes con Alberto, llevando al hijo mayor de Guillermo de Orange, embrutecido por la educación recibida en España.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1569, p. 209, clasif. por error como del n.º 1590, carta del duque de Arschot al príncipe Felipe, París, 24 de junio 1598.

El martes 30 de junio de 1598 se acostó el rey en una litera y se hizo trasladar al Escorial (7). Sin poderse levantar y estando siempre de espaldas, continúa despachando, haciéndose dar cuenta de los expedientes. Al cabo de tres semanas, le obliga ya la fiebre á dejar el trabajo. En la mano derecha y en el pié del mismo lado se le abren unos tumores, y su médico, Mercado, anuncia que se aproxima el fin. Se le hincha luego una rodilla y se le abre también. El enfermo permanece en la misma cama cincuenta y tres días sin poderse mover; no se le muda de ropa ni se le lava, y as sábanas se impregnan de las evacuaciones, de los sudores y supuraciones. La miseria invade aquel pobre cuerpo (8); corróese la raíz de cada pelo; el

(7) Véase la relacion Q. 135 de la Bibl. de Madrid, extractada por Gachard.

(8) Mignet, *Antonio Perez*, cita el Ms. de la Bibl. nac. donde se lee esta frase: «Una asquerosa phitiriase con un exercito innumerable de piojos.» Véase también la relacion hecha al tenor de las declaraciones de los médicos y los capellanes. Bibl. nac. Oc 248. *Testimonio*

vendaje saca de la pierna dos escudillas de pus; la carne se desprende de los lomos y de las espaldas; y los parásitos devoran toda su piel, á la vez que la gangrena sus llagas. El rey siente tal repugnancia de sí mismo, que haciéndose enseñar su féretro, forrado de raso blanco, recomienda que se coloque previamente el cuerpo en un ataud de plomo para que no manche la seda.

«Yo he querido, dice á su hijo, que os halládeses presente, para que veays en qué vienen á parar los reynos y los señoríos deste mundo, y que sepays qué cosa es muerte, aprovechándoos dello, pues mañana habeys de comenzar á reynar.»

Felipe II murió el 12 de setiembre, con los ojos fijos en un crucifijo.

II.—Ojeada sobre el hombre

«Lo que solamente vivía ya en el rey era el sentimiento de sus pecados, el qual le daba un dolor tan vivo, que despues de haberle abierto la pierna, preguntado por el príncipe si era mucho el dolor que padecía con la nueva llaga, respondió:—Mucho más me duelen mis pecados.»

Despues, volviéndose á su confesor, Fray Diego de Yepes, «Padre confesor, le dijo, vos estays en lugar de Dios, y yo protesto que haré lo que me dixeredes que es menester para mi salvacion, y así estará por vos lo que yo no hiciere porque estoy aparejado para cumplirlo todo.» Y mandó á Mora tomar nota de estas palabras para que sirvieran á la remision de sus pecados.

¿Qué pecados?

¿Qué recuerdos surgian en aquella alma, ocasionándole angustias superiores á las torturas de la carne?

No, no eran las visiones, ni los burgueses de Flandes, ni los campesinos de Portugal, ni los soldados sacrificados á millares en Francia, ni Montigny, ni Orange, ni el Justicia de Aragon, ni los olvidados indios, ni los católicos de Inglaterra excitados al asesinato, ni los genoveses robados, ni los judíos quemados. Todavía, muriéndose á pedazos en su infecto lecho, hubiera inspirado á su santa Inquisicion, contado las vueltas de cuerda, designado ciudades que despoblar, escuchado á Deza ó á Fray Diego de

auténtico de las cosas notables... por el licenciado Cervera de la Torre, Valencia, 1599. «Notable cantidad de corrupto humor de olor muy malo... Cámaras de pestilente humor en la misma cama, sin mudarse la ropa de abaxo en todo el discurso de su enfermedad.»

Chaves: hasta el último aliento vivían con él sus ilusiones sobre su método de servir á Dios. Había sido demasiado clemente, lo cual era ya un primer dolor: en vez de destruir sólo á los moriscos de Andalucía, hubiera debido exterminar á los de toda España. «El año cuando se perdió la poderosa Armada, refiere Don Juan de Ribera, arzobispo de Valencia, me atreví á dezir á S. M. que habiendo gastado mucho tiempo en descubrir qué causa podía aver para que Dios permitiese aquel mal suceso, se me havia ofrecido una cosa de mucha consideracion... Le embió á mandar un profeta que destruya á los Amalequitas, sin dexar hombres, mugeres, ni niños, aunque sean de leche, y porque no cumplió exactamente su mandamiento, cayó en indignacion de Dios» (1).

Bueno que los teólogos se ingenien en estas argucias; la conciencia del moribundo se estremece bajo el peso de muy diferentes remordimientos: ve las impudicias de su mocedad, sus condescendencias con los Ebolis, su cruel envidia contra Don Juan de Austria, un escogido de Dios, los cristianos degollados por su culpa en Túnez, el asesinato de Escobedo, los valerosos guerreros abandonados en Holanda por celos contra Farnesio. Por estos pecados es un réprobo, su vida es maldita y le espera condenacion eterna. Porque su Dios no se engaña, y este Dios ha querido verle más bien vencido que aceptarle por colaborador de su gloria.

Sería una conjetura ociosa calcular lo que habria sucedido si Felipe II hubiera interceptado la civilizacion, con su sistema de monarquía universal. No podía lograrlo: no tenia cualidades ni poder necesario para ello.

Carecia de toda idea de aprovechamiento del tiempo; no poseía ni la ciencia de los esfuerzos rápidos, ni el arte de adaptar su voluntad á los variables acontecimientos. Diseminaba sus recursos; aplicaba demasiado tarde los remedios; chocaba con las fuerzas en vez de utilizarlas, ahora fueran estas las de los hombres, como Don Juan de Austria, Granvela, Farnesio, Santa Cruz, todos anulados por él y empujados á la desesperacion; ahora fueran la energía y la riqueza de sus pueblos, como las de los burgueses del Norte ó de los moriscos de Granada; ó bien las tradiciones de la Iglesia, que falseó con

(1) Estas cartas de Don Juan Ribera á Felipe II están publicadas en un volumen impreso en Roma, en 1734, que no he podido yo haber á la mano. M. de Circourt no ha sido mas afortunado (*Hist. des Arabes*, t. III, p. 168). Las citas están extractadas de las que hace Buckle (*History of civilisation*, tomo IV, pág. 59), que poseía un ejemplar.

su Inquisición y sus máximas de dominación secular.

Faltábale también el poder. España no estaba ni bastante poblada ni bastante cultivada; Italia no era bastante militar; América no era aún bastante rica: todas las bases flaqueaban bajo el peso que las hacía soportar.

Pero aunque hubiera tenido súbditos por todas partes sumisos, soldados renovados sin cesar, tesoros inexhaustos siempre, se habría estrellado contra dos obstáculos: la Reforma, cuya expansión era irresistible: y el papado, cuyo vigor estaba intacto. Ni el papado ni la Reforma podían acomodarse con un monarca, según la Biblia, que se sustituía al Soberano Pontífice como representante del Señor, y a la conciencia como protector de la fe.

Felipe II hubiera podido desentenderse de Francia y de Inglaterra, tolerar las riquezas de los flamencos, empujar hacia el Nuevo Mundo la actividad de los holandeses y contra el Oriente la de los españoles, regularizar sus impuestos, hacer refluir hacia España el producto de las tarifas libremente consentidas por sus grandes ciudades del Norte, y los de las barras, pedería y especias de América. Con esto hubiera dejado una España rica con su industria, gloriosa por sus triunfos contra los turcos, orgullosa de sus fueros.

Pero la corona de Inglaterra, que le fué impuesta desde su juventud con la mano de María Tudor, torció sin duda su destino. Creyóse destinado por la Providencia para atraer á los hombres al catolicismo y mantenerles en él; refirió fatalmente su pensamiento á este primer reinado, se creyó en el deber de importunar á los ingleses, de irritarlos hasta ponerlos contra él: entonces aprendieron el camino de las ricas presas y á causar las grandes catástrofes del reinado.

Otra fatalidad fué la facilidad é importancia de la victoria de San Quintín. Creyó que los franceses no tenían ningún valor militar, que los vencería constantemente; y en realidad los venció siempre que no los acaudilló un Francisco de Guisa ó un Enrique IV. Nuestra nación no se bate, si no está bien mandada: á las órdenes de Enrique IV, no conoce la derrota; con un general incapaz, no suministra un soldado. Es toda nuestra historia: no somos dignos de ser soldados sino con un hombre digno de ser general.

Así, las dos primeras dichas de la vida de Felipe II, su dominación sobre Inglaterra y su

victoria de San Quintín, le hicieron pensar toda su vida en Inglaterra y en Francia. De aquí su olvido de Italia y de América, su menosprecio de Argel y de Túnez, su descuido para con los turcos tan luego como los venció. Los deja que tomen la Goleta, que asolen á Hungría, que amenacen á Viena; no se cura más que de Francia, de Inglaterra y los Países Bajos.

Se atrae espontáneamente el odio de los flamencos; olvida sus juramentos que consagraban las franquicias locales; juzga que su autoridad no puede tolerar instituciones garantidas por las leyes: de duque de Brabante quiere llegar á ser monarca absoluto. Sus ultrajes á la constitución toman por pretexto los progresos de la Reforma. Pero la aristocracia católica comprende que está amenazada la independencia nacional y organiza la resistencia contra la revolución intentada por el rey. Esta patriótica defensa de las leyes tiene por partidarios á los reformados, que eran tenidos por los primeros: así, cuando el rey destruyó la aristocracia liberal, la lucha por los derechos del país se transforma poco á poco en guerra de religión. Después de los desaciertos del duque de Alba, prueba Felipe á transigir; después sospecha de Don Juan de Austria, como codicioso de Inglaterra, y vuelve á las ideas de represión; pugna sucesivamente con todos sus gobernadores y olvida súbito los Países Bajos para concentrar todos sus esfuerzos en Portugal.

Embriagado con la posesión de Portugal y la victoria de las Azores, donde se le hace creer que ha hecho huir á los ingleses, se exalta á la idea de conquistar á Inglaterra, desdeña los planes de Farnesio y envía su armada un año demasiado tarde.

En Francia se pronuncia igualmente demasiado tarde, y después de tarde, envía muy poca tropa para distribuir en muchos puntos. Muy luego se ve en la necesidad de mantener un ejército en Aragón; ve luego saqueado á Cádiz y amenazada toda Andalucía; suspende sus pagos y comprende que el mundo está cansado ya de él.

«De los de Flandes los rebeldes son enemigos públicos, y los demás sin duda lo son secretos; los de Italia y Portugal son también enemigos secretos; los de Aragón se tienen por ofendidos; y así los amigos solos desta corona son las Indias y los reynos de Castilla.» Así resume el estado moral de la monarquía uno de los nuevos ministros que llama Felipe III (1).

(1) Esta relación es de Baltasar Alamos Barrientos, consejero de Hacienda de Felipe III, en 1598.

Felipe II ni siquiera había sabido producir la cohesión en la misma España: durante los cincuenta años que siguen á su muerte, el Rosellón se anexiona á Francia, Cataluña vive veinte años en república bajo el protectorado de Francia, Portugal vuelve á ser reino independiente, Aragón está á punto de proclamar por rey al duque de Híjar y Andalucía prepara un levantamiento con el marqués de Ayamonte. Cuando no se respetan ni los derechos de las corporaciones, ni la libertad de los particulares, se acaba por el fraccionamiento y la vergüenza.

Sin embargo, bien que Felipe II aparezca como un obstáculo en la marcha de la civilización y como un azote para España, los españoles guardan un verdadero culto á su memoria, y se explica fácilmente esta paradoja nacional. Generalmente, un pueblo se apega al hombre que lo embrutece, y hasta puede decirse que no sufre los excesos de un amo, sino cuando está maduro por sus instintos para el despotismo; de tal manera, que el monstruo alega por disculpa los vicios de los demás. Felipe II no es el único responsable del violento papel que desempeñara España bajo su reinado; no es la causa única de esta sobreexcitación febril. Un hombre, cualquiera que sea su genio, rara vez imprime movimiento á su generación, si no encuentra en torno de sí las fuerzas que lo esperan. Se puede discernir en la catástrofe hasta dónde se extienden las faltas del hombre y dónde comienzan las de la nación.

Después de seis siglos de lucha por la existencia sostenida contra el islamismo, los españoles habían llegado á confundir en un solo amor la patria y la religión, y á considerar sólo útiles á la nación el soldado y el sacerdote: de aquí el horror al cambio, puesto que la religión responde á todas las necesidades; y el desprecio del trabajo, puesto que la guerra es la primera necesidad de la vida. Así, se aferran á sus ideas, viven en un mundo de milagros y proezas y vienen á ser otro pueblo de Dios, que cifra su felicidad en la fe y en la guerra. Pero la fe, para los ignorantes, es la superstición; la guerra abandona el trabajo á los esclavos, y desde entonces viene á ser la Inquisición una institución nacional y la agricultura un objeto de desden. Y por una parte se llega hasta al paganismo.—«¡Oh esposa de Cristo! se decía á una piadosa monja (1), ¿cómo os pagará vues-

(1) Historia de la fundación de Religiosas capuchinas, por el Padre Fons, de la Compañía de Jesús, Barcelona, 1649.

tro esposo los servicios que le hacíais?» Y por otra parte se gusta de la pereza.—«Sufren más bien el hambre que el trabajo: el trabajo, dicen, es para los esclavos» (2).

Tenían una probabilidad de sustraerse á las consecuencias de este estado mental: su antiguo sentimiento de resistencia á la centralización. Pero las libertades municipales sucumben en Castilla bajo la mano de Carlos V, y en Aragón bajo el pie de Felipe II. Y caen entonces en las redes de los voraces empleados y de los inquisidores dóciles al rey. En toda Europa se despierta el espíritu humano; duda, busca, inquiere. España no se mueve; está hechizada al rededor de las tumbas del Escorial.

Una nación que no ha sabido defender sus libertades municipales, que renuncia á buscar la verdad, que está orgullosa de «no dejarse deslumbrar» (3) por ásperos cálculos é intrincadas demostraciones geométricas, con que astuto el entendimiento disimula el engaño con los disfraces de la verdad, y de mirar las matemáticas como la alquimia en la física, que da apariencias de oro á lo que no lo es, se deja llevar á decir «la ciencia es un crimen, la ignorancia la primera virtud» (4); se obstina en una ciega tradición, hace lo que hicieron sus padres y nada más. En Almadén, los primeros mineros abrían verticalmente los pozos para explotar el cinabrio: cuando los pozos habían atravesado la vena, debía continuarse la explotación por galerías horizontales. Pues nada: el abuelo ahondaba verticalmente; verticalmente ahondaba el nieto, y no encontrando mineral, abandonaba el sitio á los operarios alemanes. En Madrid, los primeros habitantes tiraban á la calle los excrementos, y así vinieron haciéndolo sus descendientes, hasta Carlos III que fabricó albañales.—¡Qué temeridad! exclamaban los madrileños. ¡Qué olvido de la sabiduría de nuestros mayores! (5).

(2) Mad. d'Aulnoy, *Relacion del viaje de España*, Lyon, 1693, t. II, p. 369.

(3) Forner, *Oracion apologética por la España*, Madrid, 1786, pág. 38.

(4) Saint Simon, *Memorias*, t. XII, p. 102.

(5) Véase Historia de Felipe II, apéndice B del tomo III; y también Cabarrus, *Elogio de Carlos III*, Madrid, 1789. «Se conmovió el vulgo, y tuvo varias autoridades á su favor la extraña doctrina de que los vapores moféticos eran un correctivo saludable de la rigidez del clima.» Véase además Rio, *Historia del reinado de Carlos III*, Madrid, 1856, t. IV, p. 54. «Le presentaron dictámenes médicos en que se defendía el absurdo de ser elemento de salubridad la basura.» *Id.* *Ibid.* t. I, p. 267. «Le presentaron cierta originalísima consulta hecha por los médicos bajo el reinado de uno de los Felipes de Austria y reducida á demostrar que, siendo sumamente sutil el aire de la población, á causa de estar próxima la sierra de Guadarrama, ocasionaría los mayores estragos si no se impregnara en los vapores de las

Así, Felipe II se conformaba con los instintos de su pueblo cuando mantenía la inmovilidad y la ignorancia en el interior; cuando no consideraba á sus súbditos de los Países Bajos, de Italia y América sino como materia imponible. Sus culpas propias son sus esfuerzos contra Inglaterra y Francia, su negligencia para con el ejército, sus celos contra los hombres superiores. ¿Puede llamarse decadencia al estado en que dejó su reino? Lo que viene á ser una nación de cruzados bajo una dinastía de reyes segun la Biblia, España misma lo muestra.

Hemos visto la fabricacion de la moneda y la explotacion de las minas de Almaden abandonadas á los alemanes; inundadas las minas de Guadalcanal hasta que lady Herbert Spencer llevó á ellas operarios ingleses, en 1728; los tejedores de Sevilla son holandeses, irlandeses los de Segovia, bearneses los segadores de Aragon (1). De Holanda son los constructores de sus navíos; de Holanda y de Francia van las cartas geográficas y hasta las drogas de los boticarios, cuya primera oficina se estableció en Madrid en 1776. Todavía no hay en 1786 curso de matemáticas ni de diseccion; no se conoce la circulacion de la sangre hasta 1787.

inmundicias desparrramadas por las calles.» Buckle cita tambien á un viajero inglés que recogió en Madrid esta rara tradicion. «Being desirous to know why so beastly a custom is suffered, they say it is a thing prescribed by their physicians; for they hold the air to be so piercing and subtle, that this kind of corrupting it with these ill vapours keeps it in good temper.» Véanse igualmente las *Cartas del abate Galiani*, publicadas por Luciano Perey y Gaston Maugras, tomo II, pág. 411, y la curiosa nota que sobre este episodio añaden los editores, fundada en las *Memorias* del baron de Gleichen. Véase por último la *Descripcion de Madrid*, por Enrique Cock, publicada por primera vez por Morel Fatio y Rodríguez Villa, pág. 28 de la introduccion. Esta descripcion en verso latino dice del Prado:

Aptus adulterio et plantandi cornua campus.

Pero el alcalde vigila con cuidado

Ne quemvis ledat Gallorum morbus amantem.

(1) Y aun en tiempo de Voltaire por los auverneses y lemosinos. (Voltaire, la *Biblia*, p. 294).

Ni siquiera se enseña la esgrima (2).—«Nunca, dice el duque de Saint Simon durante su embajada en Madrid (3), nunca vi frailes tan gordos, tan altos, tan groseros, tan petulantes. El orgullo les salia por los ojos y por todos sus movimientos. Estos frailones codeaban á las damas y aun á la Camarera mayor, las cuales, á esta indicacion, les hacian una profunda reverencia, besaban piadosamente sus mangas y repetian sus humildes reverencias.»

Los primeros Borbones que fueron á reinar sobre aquel vasto monasterio, encontraron á los españoles de tal manera modelados para la ociosidad y la ignorancia, que no pudieron utilizarlos.—«Tendreis la bondad de enviarme un hombre para la hacienda, ó no habrá hacienda» (4). Gobernaron con la princesa de los Ursinos, el mariscal de Tessé, el realista Orry, y despues con el italiano Alberoni, el holandés Ripperda y el alemán Konigseg.

El cambio de régimen permitió lentamente á España regenerarse bajo la dinastía de los Borbones. Al advenimiento de Carlos III, en 1759, esto es, más de ciento sesenta años despues de la muerte de Felipe II, comienza una nueva era para España. Carlos III, que desde su juventud fué sustraído á la influencia de la educacion monástica, es un príncipe ilustrado que emplea tambien extranjeros, como el siciliano Esquilache, el irlandés Wall, el francés Cabarrus; pero tambien á dos españoles de un talento superior, á los precursores de los hombres de Estado de la España Constitucional, los condes de Floridablanca y de Aranda.

(2) Mad. de Aulnoy.

(3) *Memorias*, t. XII, p. 244. Habla de los religiosos de Nuestra Señora de Atocha.

(4) Louville á Torey, t. I, p. 149.

FIN DE LA HISTORIA

APÉNDICES

I

La madre de Carlos V

Siéntese cierto disgusto en desgarrar una página de historia que expone hechos conocidos y aceptados por todo el mundo, reanimados por los pintores y cantados por los poetas. La vacilacion sube de punto cuando con actos criminales hay que sustituir una leyenda patética. Pero cuando aparecen de súbito las pruebas despues de trescientos años, no es cosa de cerrar los ojos. Hay una emocion más honda y muy más instructiva que en la leyenda en los detalles de la lucha verdadera entre una madre, cuya abnegacion nunca se cansa, y un hijo á quien ha depravado el hábito del poder. Así lo han creído los sabios del *Record Office* al publicar los documentos que revelan la suerte de la madre de Carlos V (1).

I

Hasta nuestra época, admitian como hecho rigurosamente demostrado los historiadores, que la heredera de los reinos de Fernando de Aragon é Isabel de Castilla se habia vuelto loca de pesar á la muerte de su marido Felipe el Hermoso. Este recuerdo corrió siempre unido á su nombre y no se la conocia sino por *Juana la Loca*. Ante esta incapacidad el poder vino á caer en manos de su hijo. Los episodios de este drama íntimo se presentan en estos términos por un historiador de Carlos V (2): «Siempre á la cabecera de la cama, durante todo el curso de la enfermedad de su esposo, ni los ruegos ni las instancias pudieron arrancarla de allí un momento, con estar en el sexto mes de su embarazo. Sin embargo, cuando su esposo espiró, no derramó una lágrima, no dió siquiera un suspiro: su dolor era mudo y tranquilo. Pero continuó al lado del cuerpo de Felipe con la misma solicitud y ternura que si hubiera estado lleno de vida. Luego que con su vénia lo enterraron, hizo que lo sacaran del sepulcro y se lo llevaran á su propia habitacion, donde vestido con su más precioso traje, lo puso en una cama de respeto. Y como hubiera oido contar á

un fraile la historia de un rey que resucitó á los catorce años pasados de su muerte, convertia los ojos al cuerpo inanimado y de hito en hito lo miraba en la esperanza de que volviera á la vida. Para colmo de demencia estaba celosa de su marido muerto y no permitia que sus damas se acercaran á la cama de respeto.»

La poca verosimilitud de estas invenciones pintorescas no fué parte á impedir que se acogieran sin discusion; y precisamente bajo esta forma deseaba Carlos V que se conocieran los hechos: no dictó él los términos; dejó sólo que se desarrollara la leyenda. Fué indicada con vacilacion por el cronista Sandoval, referida en cartas particulares por Pedro Martyr, y acogida y desmenuada mucho más tarde por el jesuita Mariana (3). La correspondencia de Carlos V, con todas las piezas relativas á la reclusion de Juana la Loca, se hallaba en la torre de Simancas, encerrada en un cofre, bien conocido, que nadie se atrevia á abrir: la autoridad que habia impuesto el suplicio y exigido el secreto parecia tan formidable, aun despues de tales y tantas revoluciones, que todos temblaban y se guardaban muy mucho de llevar la mano á aquel cofre cerrado hacia siglos. Uno de los archiveros que empleaba Inglaterra en copiar en España las piezas relativas á su historia, se obstinó ante el cofre misterioso y pudo al fin, en 1868, registrar los tan guardados documentos.

Pocos detalles ofrecen sobre la infancia de la princesa Juana. Puede creerse que era de carácter obstinado y taciturno, sin ser por eso altanera y agria como su hermana Catalina, casada con Enrique VIII de Inglaterra; sábese además que preferia las costumbres religiosas de los sacerdotes franceses á las prácticas estrechas y fanáticas del clero español: es uno de los primeros cargos articulados contra ella.

«Ha dado treinta florines á uno de esos beodos de Paris» (4), escribe uno de aquellos religiosos españoles que bebían agua clara, se disciplinaban las espaldas en medio de sus costumbres disolutas y aborrecían al clero secular. Tenia á la sazón diez y ocho años (5), y

(1) Calendars of letters and state papers relating to the negotiations between England Spain, preserved in the archives de Simancas and elsewhere, edited by G. A. Bergenroth. Supplement to vol. I, and. II. Longman, 1868.

(2) Robertson, lib. I, pág. 301, version Suard.

(3) Lib. XXIX, cap. III y V.

(4) Fray Andrés á la reina Isabel, 1.º setiembre 1498, p. 50.

(5) Nació en 1479, perdió á su madre el 26 de nov. de 1504, y á su marido el 25 de set. de 1506.